

Nadaísmo y policía: dos comandantes frente a frente

al margen

FABIO A. LONDOÑO

Allá por los años de finales de la década del sesenta, nos encontrábamos en el comando de la policía del Norte de Santander, en Cúcuta, cuando el poeta y gran amigo Miguel Méndez C. invitó a su tierra a los distinguidos integrantes del muy conocido movimiento social-literario denominado “nadaísmo”, nombre dado debido a su posición un poco anárquica frente a la cultura, muy particularmente por la posición contraria a los “paradigmas” que regían la gramática y la literatura.

Gonzalo Arango, epónimo de su época, habíase distinguido desde el bachillerato en el Liceo Antioqueño como un muchacho díscolo, distanciado de sus otros dos hermanos que también hacían su curso en el mismo instituto, porque él no quería seguir los patrones de conducta existentes y aparecía un tanto retraído, leyendo y escribiendo en la mayoría de su tiempo. Era, entonces, el prototipo del joven revolucionario, descuidado totalmente en su presentación personal, estudioso a su manera y con una visión opuesta por completo a la que observábamos los bachilleres de la época.

Sin embargo, al conversar con él (yo que también sentía la necesidad de “ciertas libertades”) encontrábamos a una persona sencilla, humilde en extremo, con

una cultura acendrada y un concepto superlativo de la amistad, lo cual demostraba con la generosidad hacia los menesterosos o excluidos de nuestra sociedad. Qué gusto tuve, pues, cuando le conocí personalmente y luego al volverle a encontrar en la capital nortesantandereana, no ya como a ese “loco sucio” que conocí en Medellín, sino como al ideólogo de una “escuela” que había logrado entrar a escribir en las páginas de la “gran prensa” y cuyos artículos eran leídos por todo el mundo, a pesar de su actitud inquisidora con la producción histórica y literaria del mundo y del país.

Tuvimos, pues, la gran satisfacción de invitarle al casino de los oficiales de la policía en la ciudad de Cúcuta. Departimos todos en un ámbito de confraternidad y alegría, muy pocas veces vivido por nosotros. Hablamos de literatura, de poesía en particular, del “nadaísmo”, de sus líderes, sus atrevimientos, sus desafueros, sus ideas en contraste con nuestras viejas aptitudes en el Liceo, en la Universidad y ante los “desórdenes” que esta muchachada armaba a su paso por ciudades y poblaciones. Aquella corta noche la recordamos con nostalgia; aparece imborrable en nuestras mentes, nos demostró cómo se puede confrater-

Brigadier
General (R).
Policia
Nacional de
Colombia

nizar con "enemigos" creados por los prejuicios que, muchas veces, llega a imponer la sociedad al hacer posibles así actitudes de conducta contrarias a la realidad de los problemas. Además nos llevó a pensar siempre que debemos impedir, por todos los medios, juzgar con ligereza acerca del comportamiento ajeno y que seguramente en ese llamado "contrario", si le tratamos directamente, podremos encontrar a un gran señor, a todo un caballero, a un hermano entrañable, como lo fue real y verdaderamente Gonzalo Arango y lo son su epígonos.

Pero, ¡qué ingrato el recuerdo de aquellas botellas perdidas en las cuales se estamparon frases bellas y autógrafos de noctámbulos poetas y de abismados hombres policías! ¡qué descuido con la memoria histórica de aquellos instantes y los instrumentos de aquella eufórica fecha! Empero, quedan todavía algunos testigos, medio mudos ante el aciago destino de algunos visionarios y que rememoran los instantes nunca repetibles de amistad sincera, así como de una real y verdadera convivencia humana, plena de libertad y de nostalgias.

